

rones, que veían en él un aliado poderoso. Animados con su presencia y con la noticia de que una tribu aliada enviaría quinientos guerreros que se juntarían a los hurones en el territorio enemigo, pusieron a los pocos días en marcha y llegaron al cuarto día, después de pasar el río Onondaga, al territorio de los iroqueses. Estos tenían su campamento defendido por tres recintos concéntricos de empalizadas de mucha elevación; y no pudiendo nada los hurones contra esta fortificación, Champlain hizo construir una torre de madera más alta que la empalizada y colocó en ella tres de sus arcabuceros. Doscientos hurones empujaron y acercaron la torre hasta la distancia de una lanza de la empalizada, y los arcabuceros abrieron un fuego mortífero sobre los defensores mientras otros guerreros se acercaron también detrás de parapetos de madera movibles disparando flechas. Sin embargo los hurones se cansaron pronto de esta manera de atacar, se desparramaron por el campo, dando espantosos alaridos, y sordos a las disposiciones de Champlain, fueron blanco de las certeras flechas y piedras de los sitiados. Tres horas duró esta lucha confusa; al cabo de este tiempo los sitiadores se retiraron a su campamento fortificado, y Champlain, que también había recibido varios flechazos, no pudo hacerles renovar el ataque, porque decían que querían esperar a los quinientos aliados. Así pasaron cinco días entre continuas escaramuzas, en las cuales siempre perdieron los hurones; y viendo que sus aliados no llegaban, regresaron a su territorio. Allí pasó Champlain el invierno, y llegado que hubo la primavera regresó a Quebec el 11 de junio de 1616, con gran regocijo de sus compatriotas, que ya le contaban por muerto. La población fija de Quebec apenas llegaba a sesenta almas entre comerciantes, frailes y tres familias, estas sin ninguna gana de trabajar. Los amos eran los comerciantes; Champlain era nominalmente jefe de la plaza, pero la desunión y discordia entre los demás y la codicia de todos no dejaron prosperar la colonia, a pesar de los esfuerzos de Champlain que infatigable hacía cada año un viaje a París para arbitrar nuevos recursos. En 1628 contaba Quebec aproximadamente 150 habitantes, existiendo, además de esta ciudad, las tres otras colonias de Trois-Rivières, Saint Louis y Tadoussac. En este último punto solían dar fondo los buques franceses y allí acudían los indios en innumerables canoas con sus provisiones de pieles, que cambiaban por otras mercancías.

En el año 1627 se formó una nueva empresa de colonización llamada: «Compañía de la Nueva Francia,» a cuya cabeza se puso el poderoso Richelieu. A esta sociedad cedió para siempre el gobierno francés toda la América del Norte desde la Florida hasta el Polo, y desde Terranova hasta el origen del San Lorenzo y de sus afluentes, con todos los derechos de soberanía; al propio tiempo le concedió el monopolio perpetuo del comercio de pieles, y por quince años el de todo otro comercio dentro de aquel territorio, con exención de impuestos y derechos de aduana. Además dió el rey a la compañía dos buques de guerra completamente armados y pertrechados. En cambio la compañía de la Nueva Francia se obligó a introducir en todo el año siguiente (1628) en sus dominios de 200 a 300 industriales, y hasta el año 1643 un total de 4,000 personas de ambos sexos, mantenerlas durante tres años y concederles después terreno desmontado para cultivarlo. Todos estos colonos debían ser franceses y católicos, siendo también obligación de la compañía el dotar cada colonia de tres eclesiásticos por lo menos. A los hugonotes se les prohibió poner los pies en el Canadá, y los allí establecidos fueron expulsados del país.

La compañía, de la cual formó también parte Champlain, empezó su negocio con un capital de 300,000 libras, y su

primer cuidado fué enviar socorros a los habitantes de Quebec, que estaban a punto de morir de hambre. Con este objeto partió de Dieppe, en el mes de abril del año 1628, una flota de buques de transporte con provisiones, escoltada por cuatro buques armados, a las órdenes del socio Roquemont; pero casi al mismo tiempo partió otra escuadra de un puerto inglés para el mismo destino, organizada a instigación de los hugonotes arrojados del Canadá y acudillada por los hermanos David, Luis y Tomás Kirk, correligionarios y compatriotas suyos, expulsados como ellos. Querían aprovechar la guerra que había estallado entretanto entre Inglaterra y Francia y conquistar el Canadá para sí y para su secta.

La escuadra de los hugonotes llegó delante de Quebec, y Kirk intimó la rendición al comandante de la plaza, que era Champlain; pero este, a pesar de la triste situación de aquella, desprovista de víveres, contestó que la defendería hasta el último extremo; con lo cual impuso tanto a Kirk, que prefirió cruzar delante del golfo para apresar los buques franceses que se dedicaban en aquellas costas a la pesca.

#### La toma de Quebec y las misiones entre los hurones

La flota de provisiones mandada por Roquemont fué apresada por el enemigo, y creciendo el hambre en la ciudad, y habiendo desembarcado Kirk en el mes de julio con su gente, Champlain tuvo que capitular; pero con arreglo a las condiciones de paz estipuladas entre Inglaterra y Francia en el mes de abril anterior, la Francia volvió a recobrar el Canadá con la ciudad de Quebec. Champlain fué encargado otra vez de su mando por la compañía propietaria del país, y murió en este puesto en el año 1635, a la edad de 68 años. Los colonos, los comerciantes residentes, los jesuitas, y la fuerza armada, oficiales y soldados le acompañaron a su última morada y le construyeron agradecidos un modesto sepulcro. Champlain, noble y esforzado caballero, marino experimentado, explorador valiente, había trabajado 27 años para la consolidación, colonización y prosperidad de la Nueva Francia, sin desfallecer nunca en los mayores peligros ni en las más terribles adversidades, con un entusiasmo, una perseverancia y un valor inquebrantables. Mejor soldado que hombre de Estado, prefirió en política siempre el camino que más directamente y con mayor arte creía que podía dirigirle a su objeto, y su paciencia era tan inagotable como admirable su arrojo. Católico creyente y devoto, era partidario ardiente de la conversión de los indios y amigo del clero, pero nunca hipócrita. Champlain ha sido la figura más grande de la Nueva Francia en el primer período de su historia, y con su muerte empieza el segundo período.

Mucho antes de la muerte de Champlain habíanse establecido los jesuitas de nuevo en el Canadá. La misión se componía de los seis padres siguientes: Le Jeune, que era el superior, Juan de Brébeuf, hijo de una nobilísima familia de Normandía, Masse, a quien ya conocemos de la primera expedición, Daniel, Davost y Noué. Este destacamento avanzado de la innumerable hueste de Loyola se condujo, trabajó y sufrió con un heroísmo apostólico superior a todo encomio, y sus individuos, fuera de las ocupaciones reglamentarias de su sacerdocio, emplearon su tiempo en el estudio de los difíciles idiomas algonquinos y en especial del huron, en predicar y enseñar la religión cristiana a los indios y en cultivar con su gente sus huertos y campos.

El superior Le Jeune, después de infinitos esfuerzos, acabó por convencerse de la esterilidad de sus tareas, no obstante los muchos indios que se dejaban bautizar; pero sabiendo que las numerosas tribus sedentarias que ocupaban con los hurones, sus afines, las comarcas ribereñas y próximas a

los grandes lagos, se mostraban más dóciles y menos refractarias a admitir la religión cristiana, resolvió fundar entre aquellas tribus distantes un gran centro de conversión, desde el cual irradiaría el cristianismo a todo el continente, atrayéndole poco a poco a la religión, a los jesuitas y con ellos a la corona de Francia. La civilización española oprimió y esclavizó a los indígenas; la inglesa los despreció, pero la francesa los conservó y mimó (1).

Para llegar al país de los hurones sin encontrarse con sus enemigos, los iroqueses, era preciso dar un rodeo, como lo había dado diez y ocho años antes Champlain, arrojando los peligros consiguientes; mas esto no desanimó a los jesuitas Brébeuf, Daniel y Davost, que fueron los encargados de esta misión y que se embarcaron con cuatro compatriotas suyos armados de arcabuces y con algunos indios aliados. Subieron por el río San Lorenzo y utilizaron todas las demás vías fluviales y los lagos que encontraron, cargando las canoas y bagajes a hombros al través de las selvas vírgenes ó por las orillas de las cataratas. Esta operación fatigosa fué llevada a cabo en treinta y cinco puntos; los indios mismos quedaron a menudo exhaustos de cansancio, y Brébeuf, con toda su voluntad y cuerpo de hierro, dudó muchas veces que sus fuerzas pudiesen sostenerle hasta el fin del viaje. Llegó al puesto donde había morado, predicado y bautizado durante tres años en época anterior; pero halló abandonada la que había sido capital de los hurones, y después de mucho andar a la ventura, encontró, algunas leguas distante de allí, la nueva capital, llamada Jhonatiria, cuyos habitantes le recibieron con mucha amabilidad. Allí, alojado en la casa ó choza del huron más rico, aguardó por espacio de muchas semanas a sus compañeros, que se habían quedado atrás, pero que por fin llegaron, extenuados de hambre y de cansancio.

Hallándose ya reunidos los tres misioneros, ayudóles todo el vecindario, según antigua costumbre de la tribu, a construir su choza, con troncos de árboles esbeltos, altos y flexibles fijados en el suelo y unidos por los extremos de modo que formaban una especie de bóveda. El espacio cubierto era un cuadrilátero de treinta y seis pies de largo por veinte de ancho, que dividieron por medio de dos tapias en tres espacios diferentes. Los cuatro costados de la choza, el techo y las tapias estaban reforzados longitudinalmente con troncos, y todo cubierto con cortezas de árboles. El primer aposento estaba destinado a sala de recibimiento, granero y despensa; el segundo, que era el mayor, servía de cocina, taller, comedor, dormitorio, escuela y sala de reunión, y el tercero era la capilla, en donde construyeron un altar y colocaron las imágenes de los santos y los vasos sagrados. La cocina se reducía a un hogar en el suelo, y la chimenea a un agujero en el techo; a ambos lados de la pieza del medio había adosada una galería a la altura de cuatro pies, y allí guardaban los jesuitas las cajas con las ropas y vestiduras sagradas; debajo de las galerías estaban las camas, que eran lechos de esteras y de pieles, y los demás utensilios se reducían a un mortero de madera al estilo indio para machacar el maíz, un molino de mano, algunos taburetes bastos y un reloj.

Incansablemente estudiaron los misioneros el idioma huron, sin descuidar sus obligaciones espirituales ni los actos de caridad. Donde sabían que había un enfermo, hombre, mujer ó niño, acudían solícitos prestando todos los auxilios que estaban en su mano sin retroceder ante ningún peli-

(1) La prueba de la falsedad de esta aserción es que todavía hay indígenas y mestizos en los territorios ocupados por la raza española, y nada de esto sucede en los demás, donde con el tiempo han sido exterminados. (N. del T.)

gro ni sacrificio, y nunca olvidaban ocasión alguna de pagar la doctrina cristiana, de pintar la gloria eterna, las penas del infierno y las ventajas del bautismo. Para disminuir la inquietud de los hurones respecto de sorpresas de parte de sus enemigos los iroqueses, les prometieron la cooperación de sus cuatro arcabuceros y les hicieron construir sus recintos fuertes de empalizadas, no circulares, como los construían, sino cuadrados, con torrecillas en los ángulos para situar en ellos a los arcabuceros. Los indios comprendieron muy luego las ventajas de esta construcción y la emplearon en su gran ciudad de Ososané.

Con toda la frecuencia posible reunían los misioneros en su choza a los niños de la aldea ó capital y les hacían recitar cantando el Padre nuestro, puesto por el padre Daniel en versos hurones, el Ave María, el Credo y varias oraciones; les enseñaron a persignarse; les hacían repetir cada día las lecciones anteriores y al fin de la clase les daban algunas cuentas de vidrio ó algunas pasas ó ciruelas secas. Cuando podían, hacían lo mismo con los hombres; pero estos, aunque escuchaban atentos las explicaciones de los Padres, cuando les instaban a hacerse cristianos contestaban que esto era bueno para franceses pero no para ellos, que eran otro pueblo con otras costumbres; de modo que si los misioneros conseguían bautizar a algunos indios adultos, eran viejos moribundos a quienes la muerte impedía retractarse. No obstante, los jesuitas supieron ganarse con su bondad, cariño, generosidad, valor y buen tacto las simpatías de los indígenas más refractarios a la civilización, y hasta caciques de tribus distantes acudieron a visitarlos y suplicarles que fuesen a vivir entre los suyos. Los jesuitas no desmayaron y continuaron animosos y llenos de esperanza su obra. Llegaron también refuerzos de Francia, hermanos de su misma orden, que pasaron todos al país de los hurones, donde más ó menos tarde estaban seguros de recoger una riquísima cosecha.

Al poco tiempo de haberse instalado los jesuitas que últimamente habían llegado de Francia, estalló con redoblada violencia una epidemia terrible, que hacía ya dos años asolaba las aldeas huronas, y a la cual se asoció entonces el otro azote de las viruelas, siendo lo más espantoso que ambas plagas fueron creciendo en otoño y adquirieron su mayor desarrollo a la entrada del invierno. Ya solos, ya de dos en dos los jesuitas recorrían las aldeas, desafiando la nieve y el frío polar, para visitar y cuidar a los enfermos y propagar de paso su doctrina religiosa; mas entre los salvajes aterrados fué tomando crédito la sospecha de que los sacerdotes cristianos eran mágicos poderosos, dueños de vida y muerte, y habían introducido las epidemias para exterminar a los pueblos indígenas de América. Los indios tuvieron reuniones nocturnas, en las cuales determinaron degollar a los pretendidos mágicos; mas por fortuna de estos no hubo nadie que se prestara a matarlos. Ellos, sin embargo, no dejaron de visitar las chozas de las cuales salían lamentos; ni amenazas ni insultos les hacían desistir de penetrar en aquellas en que había una criatura moribunda, a la cual bautizaban sigilosamente simulando tomarle el pulso y mojóndole la frente con agua bendita mientras murmuraban la fórmula del bautizo. Unían estos Padres a la fe y a la paciencia del misionero, el valor de héroes y la astucia de zorros.

En agosto del año 1637 reunieron los caciques de las tribus huronas para deliberar, y en esta asamblea fueron acusados los jesuitas sin embozo de haber atraído con sus artes mágicas la inmensa desgracia que había caído sobre el pueblo hurón. En otra asamblea se vieron obligados a presentarse para oír su sentencia de muerte, pero habiéndose

presentado con tranquilidad serena é imperturbable ante los caciques, estos titubearon y aplazaron la ejecucion. A pesar de esto, los jesuitas se vieron desde entonces perseguidos é insultados y algunos se libraron á duras penas de la muerte, que muchos de ellos ambicionaban para alcanzar la gloria del martirio por la fe. Por lo demás, segun escribia entonces el padre Lalemant en su libro diario, Dios consideraria como bastante martirio las amenazas y ultrajes incesantes que durante largos años estaban sufriendo los misioneros; la vida en las chozas indias, con el humo, la suciedad, las pulgas y los perros, que eran verdaderos infiernos; y el frio, el hambre, los espantos y angustias no interrumpidos, que eran sufrimientos mil veces peores que la muerte.

En sus excursiones á las tribus distantes llevaban los misioneros grandes mantas para abrigarse de noche y además provisiones de perlas falsas, abalorios, agujas y otras fruslerías para pagar con ellas sus alimentos y albergue; porque aunque los hurones usaban entre ellos la hospitalidad mas lata, les gustaba recibir de los misioneros los regalos que siempre les llevaban.

Los jesuitas, despues de abandonar la idea de establecer una mision en cada aldea ó tribu principal del pueblo huron, determinaron, como se ha dicho, fundar una estacion central, de la cual como foco se haria irradiar la luz de la fe sobre todo el país. Esta estacion, que habia de ser á la vez convento, hospicio, hospital, depósito de mercancías y fortaleza, fué construida por el año 1640 en un punto admirablemente bien elegido, á saber, á orillas del rio Wye, junto á su desembocadura en una bahía del gran lago Huron. En esta colonia eclesiástica llamada Santa María, se encontraban en 1649, con inclusion de los quince sacerdotes y algunos otros individuos que servian temporalmente en otros puntos, diez y ocho padres jesuitas, cuatro hermanos legos, siete criados jornaleros, cuatro muchachos y ocho soldados. Para todos habia ocupacion sobrada en las faenas domésticas y agrícolas, en el hospital, en las fortificaciones y en las luchas con los iroqueses, que cada año se hacian mas temibles. El padre superior con otros dos jesuitas lo dirigia todo, y dos ó tres veces se reunian los jesuitas en Santa María para comunicarse sus observaciones y consultarse respecto de lo que convenia hacer. Cada quince días acudian el sábado á la colonia desde las aldeas mas lejanas los indios convertidos, porque las desgracias y la miseria habian hecho á los hurones mas dóciles, y se quedaban allí hasta el lunes siguiente, en cuyo tiempo los jesuitas les daban de comer; tanto que en 1647, año de hambre, fueron alojados y mantenidos en Santa María y sus alrededores 3,000 indios, cuyo número se dobló al año siguiente. No hay que decir que los padres aprovecharon esta enorme concurrencia, y todas las ocasiones análogas, para celebrar las ceremonias del culto con toda la pompa y fausto posibles, á fin de deslumbrar á los salvajes.

Los resultados de las misiones empezaron á ser brillantes: habia aldeas en que la mayoría de los indios eran cristianos, y en casi todas ellas los convertidos formaban un grupo imponente. Estos neófitos renunciaron desde luego á la costumbre salvaje de matar á los prisioneros á fuego lento.

En enero de 1646 el misionero Noué, que tenia 63 años, murió de frio en un viaje que hizo, en cumplimiento de su deber, desde la colonia de Trois-Rivières (Tres Rios) á un fuerte construido junto á la embocadura del rio Richelieu. Quiso pasar adelante á pié en busca de algunos hombres para enviarlos al auxilio de su gente, que no podia arrastrar el trineo; pero se extravió entre la nieve, que caía espesa y cubria el suelo borrando toda señal de camino. El desgraciado fué encontrado despues helado completamente, arrojado dentro de un hoyo que habia hecho en la nieve; te-

nia los ojos abiertos y dirigidos al cielo, y los brazos cruzados sobre el pecho.

#### Los jesuitas mártires

Los enemigos mas terribles de la Iglesia, y tambien del pueblo huron, eran los iroqueses, los cuales exterminaban las tribus y hacian desaparecer de la tierra las aldeas donde los misioneros mayores conquistas esperaban alcanzar. Aquellos salvajes feroces quemaban á fuego lento á los neófitos que cogian, cortaban pedazos de carne del cuerpo de sus victimas y se los comian á su vista. Habian pasado treinta y dos años desde que Champlain auxilió con sus cuatro arcabuceros á los hurones contra los iroqueses, y estos no lo habian olvidado. En este espacio de tiempo jamás habian dejado de perseguir, acechar, sorprender, atormentar y degollar á sus enemigos, ya sueltos, ya por grupos y aldeas enteras; los comerciantes holandeses del fuerte Orange, á cambio de pieles y otros productos naturales, les habian vendido armas de fuego, especialmente arcabuces, y los indios mohaks, la mas oriental de las cinco ramas del pueblo iroqués, contaban entre sus setecientos á ochocientos guerreros nada menos que trescientos armados de arcabuz y prácticos en su manejo. Cuadrillas de diez hasta ciento de estas fieras humanas rodeaban noche y dia los pueblos hurones, las estancias de los jesuitas, los caminos, lagos y rios, y hasta plazas fuertes como Quebec y Trois-Rivières, espionando á los viajeros, matándolos en tierra ó en sus canoas ó llevándoselos prisioneros para hacerlos morir á fuerza de indecibles y diabólicos tormentos. Con ataques simulados atraian á sus celadas hasta destacamentos armados, y seguian y acechaban semanas enteras á los viajeros, traficantes, colonos pacíficos, campamentos y aldeas, como perros, hasta encontrar ocasion de lanzarse sobre su presa.

El primer jesuita que cayó en sus garras fué Isaac Jogues, con dos acólitos voluntarios franceses, Goupil y Couture, al regresar de Quebec con víveres para su mision. Los enemigos les arrancaron sus ropas, y con sus dientes, las uñas de los dedos; despues les royeron los dedos, á manera de perros de presa; les atravesaron las manos con cuchillos, y así los condujeron al Sur. Los dolores, los mosquitos y la calentura que les causaban sus heridas no dejaron á los infelices ni un instante de reposo ni de sueño restaurador. Al cabo de una semana encontraron otra horda iroquesa, y entre ambas hordas formando calle, los desgraciados se vieron obligados á correr subiendo una montaña peñascosa y recibiendo los furiosos golpes de los salvajes. El P. Jogues cayó cubierto de sangre, y entonces volvieron aquellas fieras á roer sus manos y arrimar fuego á la víctima. Por la noche se divertian los guerreros jóvenes en destrozar las heridas de los tres infelices y en arrancarles los cabellos y las barbas. En fin, no hubo martirio que no ensayaran aquellos salvajes en sus victimas. Goupil expiró; Couture, que en medio de los tormentos mas atroces mostró un valor sobrehumano que excitó la admiracion de sus enemigos, fué adoptado por ellos como uno de los suyos, y el P. Jogues siguió en calidad de esclavo; pero al cabo de un año de indecibles padecimientos, le dió libertad su amo mediante un gran rescate, y el desgraciado pudo volver á Francia, donde la reina Ana de Austria besó sus mutiladas manos, de las cuales los iroqueses habian cortado varios dedos. Todas las damas de la corte se disputaron el honor de mostrar al mártir su profunda veneracion. Este embarcóse impertérrito otra vez para el Canadá en la primavera del año 1644; y en agosto del mismo año fué enviado por su superior á la misma tribu de los mohaks que tanto le habia hecho padecer, y que á la sazón habia hecho paz con los franceses, solamente para quebrantarla á la primera ocasion. Allí fué muerto Jogues con un joven compañero suyo.

En el confin Sudeste del territorio huron, á unos 24 kilómetros del establecimiento de Santa María, era misionero el padre Daniel, en la aldea llamada por los franceses San José. Esta aldea, hallándose casualmente sin defensores armados, fué súbitamente atacada por una banda de iroqueses. El sacerdote corrió al punto, amenazado, donde reunió á los defensores prometiendo la gloria eterna á los que muriesen por su tribu y por la fe; despues recorrió las chozas de los no convertidos amonestándolos á arrepentirse y á hacerse bautizar, y con esto consiguió bautizar á los mas, sacudiendo sobre ellos su pañuelo mojado en agua; en seguida regresó á la iglesia, donde roció á los allí reunidos con agua bendita y les dijo: «Hermanos, hoy entramos en el cielo.» En esto penetró el enemigo, con alaridos espantosos, en la aldea. Muchos habitantes huyeron y se salvaron; pero el misionero se quedó, porque todavía habia posibilidad de bautizar á algunos gentiles, y en traje sacerdotal recibió á los iroqueses, cayendo un momento despues exánime, atravesado por sus flechas y balas. Los salvajes destrozaron su cadáver y se lavaron la cara en su sangre para que el valor del difunto se pasara á ellos. La aldea desapareció de la superficie de la tierra.

Nueve meses despues tuvo la misma suerte, en 1649, otra mision llamada San Luis, donde trabajaban los padres Brébeuf y Lalemant. Los hurones se defendieron heroicamente, pero sucumbieron y los dos jesuitas cayeron prisioneros con muchos hurones. Brébeuf no cesó de consolar á los infelices y de animarlos á soportar las torturas que sus bárbaros enemigos les preparaban. Estos furiosos le quemaron los piés y la cabeza para hacerle callar, y como no lo lograran, le cortaron el labio inferior y le clavaron un hierro candente en la garganta. La víctima, atada á un poste, se mantuvo erguida, sin exhalar una queja. Entonces ataron á su compañero Lalemant, enfrente de él, á otro poste, vendaron su cuerpo desnudo con tiras de corteza fibrosa empapada en pez y les pusieron fuego, mientras colgaban sobre los hombros de Brébeuf un collar de clavos de hierro candentes; todo lo cual aguantó el invencible sacerdote francés sin temblar ni mostrar dolor, inmutable como una peña. Los salvajes, para mofarse del bautismo, echaron agua hirviendo sobre la cabeza de los dos misioneros, pero Brébeuf no se movió. Ciego de rabia, cortaron tiras de carne de su cuerpo y se las comieron á su vista; le desollaron la cabeza, y despues de otros tormentos infernales, le abrieron el pecho, y todos, agolpándose á su rededor, bebieron su sangre; finalmente un cacique le arrancó el corazón, todavía palpitante, y se lo comió.

Así murió Juan de Brébeuf, el fundador de la mision en el país de los hurones, el mas valiente y el mas grande de sus mártires. El otro, Lalemant, padeció durante toda aquella noche una multitud de otros tormentos y expiró á la mañana siguiente de un hachazo que le dió un iroqués algo menos inhumano que sus compañeros. Los cuerpos de ambos mártires fueron llevados á Santa María y sepultados allí; pero el cráneo de Brébeuf fué colocado despues en el interior del zócalo de un busto de plata del mártir que envió con este fin desde Francia su familia y que conservan como preciosa reliquia las Hermanas del hospital de Quebec.

Otra mision, la de San Juan, estaba á cargo de los jesuitas Garnier y Chabanel, y tambien fué destruida por los iroqueses. Garnier bautizó y dió la absolucion á los creyentes hasta que tres balas acabaron con su vida. Su compañero murió á manos de un huron renegado.

Otro mártir fué el P. Buteux, que á pesar de sus achaques habia emprendido un largo viaje para visitar una tribu convertida y fiel á la religion católica, que habia solicitado su presencia. En el camino le mató un iroqués que estaba en acecho.

En el año 1650 quedó exterminado el pueblo huron, salvo un pequeño resto, despues de prolongadas y sangrientas guerras con sus enemigos mortales los iroqueses, los cuales continuaron, como una cuña, entre las colonias inglesas y francesas. Los misioneros franceses incendiaron su colonia de Santa María, que ya no tenia objeto, y despues de una tentativa desgraciada para salvar los restos del pueblo huron abandonaron su mision del todo. La mayor parte de los hurones que sobrevivieron al exterminio de los suyos se trasladaron despues á los territorios de Detroit y Sandusky, donde vivieron bajo el nombre de Wiandotes hasta que el gobierno de los Estados Unidos los trasladó en el siglo actual á un territorio del extremo Oeste. Otros restos se quedaron á orillas del rio Saint-Charles, donde sus pacíficos descendientes se mantienen de hacer cestos y son gradualmente absorbidos por la poblacion francesa del país.

De los jesuitas, regresaron unos á Francia, si bien con la esperanza y resolucion firme de volver á la primera señal á América, y de los que quedaron, unos veinte individuos sucumbieron de resultas de las fatigas y privaciones ó murieron á manos de los iroqueses, y al cabo de pocos años quedó suprimida la mision del Canadá.

Los esfuerzos heroicos de los franceses, y de los jesuitas particularmente, no fueron del todo perdidos; su influencia se extendió mucho mas lejos del radio de sus operaciones, y es indudable que dulcificó las costumbres hasta de tribus salvajes lejanas; porque en las guerras del siglo siguiente, si bien los pieles rojas martirizaban todavía á sus prisioneros con refinamiento diabólico y los quemaban á fuego lento, no los devoraban ya vivos, ni tampoco los sufrimientos de sus victimas eran un motivo de diversion y alegría feroz para toda la tribu vencedora.

Quebec iba engrandeciéndose con mucha lentitud. Habia seguido en el gobierno de la ciudad y de la Nueva Francia á Samuel de Champlain, que habia muerto el 25 de diciembre de 1635, el piadoso y valiente caballero de la orden de San Juan, Carlos de Montmagny, que habia llevado de Francia un gran número de inmigrantes, entre ellos varios nobles de elevada cuna con sus familias y servidumbre. El gobierno estaba en manos del gobernador, del superior de los jesuitas y de un síndico, que representaba los intereses de los habitantes. En 1640 fueron fundados en Quebec un instituto de segunda enseñanza, una escuela para los hijos de los hurones y un convento de monjas ursulinas. El castillo fué ensanchado con obras de cal y canto, y se trazaron y señalaron nuevas calles; pero la poblacion no pasó mucho de doscientas almas y se componia en su mayor parte de agentes y dependientes de los cien socios, de eclesiásticos y monjas. El número de colonos verdaderos era insignificante, porque la citada compañía, que estaba obligada á introducir y establecer en la Nueva Francia, hasta el año 1643, por lo menos cuatro mil colonos, carecia de medios y aun de deseos de cumplir su obligacion, cumplimiento que habria sido su ruina. En cambio se formó una poblacion montaraz: aventureros franceses prefirieron á la vida de Quebec, bajo la férula del gobernador y del clero, la de la libertad de la selva. Estos hombres se asociaban á los indios, los acompañaban en sus correrías, se casaban en las tribus, en las cuales eran los oráculos y jefes militares; algunos con su valor se hicieron utilísimos á las misiones y de ellos descienden varias de las mejores familias del Canadá.